

EL PIANO

LA presencia de aquel piano desvencijado y solemne que se alzaba en un rincón de la sala de los Pintos, tan armoniosa primer momento que puse los pies en ella, y de tan buen gusto, me intrigó desde el como supongo que habrá intrigado a todo el mundo. No padezco del feo vicio de la curiosidad y acato lo que los demás disponen en sus dominios sin entrar en fastidiosas y, sobre todo, inoportunas averiguaciones. Al fin y al cabo exijo también lo mismo cuando se trata de mis cosas, las que organizo de acuerdo con mis preferencias íntimas, teniéndome muy tranquilo el hecho de que puedan no agradar a los demás. Pero aquello era, en verdad, de masiado fuerte para no sentirse tocado, herido, y hasta fastidiado. ¿Qué hacía aquel piano absolutamente fuera de la época y del ambiente, en aquella casa edificada sobre un sueño de Le Corbusier? Los dueños no tenían, en absoluto, esa chilladura de las antigüedades que convierte algunas casas en museos churriguerescos e insoportables. Lo único inactual, detonante, absurdo, en toda la casa era aquel piano de pie, alto y negro, lleno de molduras barrocas, del que emergían unos candelabros de bronce sin velas y horribles.

Carlos, el mayor, el jefe de aquella familia feliz que había conocido siempre en posición muy acomodada, era un hombre de acuerdo con el ambiente de que se había rodeado. Era algo mayor que yo, con el rostro un poco cansado del que ha vivido muy intensamente, y enmarcado en dos mechones de canas prematuras que le daban particular nobleza. Su trato era exquisito y su conversación entretenida y amena. Contactos de negocios habían dado origen a nuestra amistad que reposaba sobre una evidente coincidencia en gustos y en opiniones. Nos veíamos de vez en cuando, pero intimábamos mucho entonces, unidos por la cultura, los sentimientos y una muy parecida experiencia de la vida. Era rico pero nunca hablaba del origen de aquella fortuna que muchos suponíamos heredada. Una especie de misterio, de niebla intraspasable se posaba en alguna parte de su existencia no dejando ver claro lo que en ella había acontecido. Yo respetaba aquel silencio y estaba dispuesto a no violarlo. Demasiado sé que lo que más vale en nuestras vidas nos lo guardamos avaramente, como temiendo que alguien nos lo quite. A pesar de todo, me chocaba aquel piano cuando entraba en la sala y más de una vez me sorprendí con una pregunta en los labios que no quería hacer.

Una tarde de lluvia, fría y gris, en que había ido a visitarlo, estábamos solos refugiados en un ángulo de aquel salón de semitonos al que las grandes ventanas de vidrios empañados daban una inmensidad casi ilimitada. Fumábamos los dos, frente a frente, semi-tendidos en dos amplios sillones colocados frente a la chimenea figurada, en la que ardían rojizos y verdosos falsos carbones de vidrio tras los cuales se arrollaban hilos eléctricos. Hora propicia para confesiones y confidencias, a las cuales fuimos llevados, insensiblemente, por manos desconocidas. En aquel ambiente de seda y bruma, y a despecho de eso, pesado, todo mi espíritu se polarizó en curiosidad. Y sin darme cuenta, como si fuera otro el que hablara por mí, con los ojos puestos en aquel armatoste sombrío que lastimaba el salón, la pregunta tanto tiempo retenida, salió de mi boca:

—Realmente, no me explico como está aquí ese piano.



DIBUJO DE VERNAZZA

Yo mismo me sorprendía al sentir la vibración de mis propias palabras. Carlos dió, bruscamente, vuelta su cabeza y fijó en mis ojos su mirada. En aquel instante, a través del fluido de sus pupilas, me pareció, instantáneamente, que estaba esperando y deseando esa pregunta que había tardado tanto tiempo en concretarse. Después de la primera impresión, sonrió con gesto enigmático, se arrellenó en el sillón, cruzó las manos, y con voz sorda, como monologando, comenzó a hablar lentamente sin que yo lo interrumpiera.

—También a tí te intriga la presencia de ese mueble pesado y fuera de moda en esta sala. Es lógico, porque no conociendo su historia, nadie podrá explicarse el contrasentido que su presencia significa. Pero, como te digo, ese piano tiene su historia, y para expresarlo mejor, está ligado indestructiblemente a la historia de nuestra familia. Quiero contarte el episodio en que intervino como protagonista para que comprendas todo, y para que convengas en que en nuestro lugar, tú hubieras hecho otra tanto.

Debes saber que quedamos huérfanos de padre de un modo trágico e instantáneo. Mi padre, embarcado en malos negocios de bolsa se encontró un día arruinado, y no pudiendo hacer frente a la situación o siendo incapaz de salir de ella, se pegó un tiro en la cabeza. Aquello está muy lejos, pero lo recuerdo perfectamente. Sus hijos éramos pequeños; el mayor era yo y no pasaba de los quince años. Pedro, tenía trece y Emita, once. Estábamos en esa edad en que se ven las cosas, pero no se comprenden bien, y si la tragedia nos afectó mucho en los primeros instantes, sobre todo porque queríamos mucho a nuestro padre que era muy cariñoso con nosotros, pronto volvimos a ser lo que éramos: niños entregados a nuestros juegos y absorbidos por nuestras ilusiones. La miseria que vino después, no la vimos. Nuestra madre se desesperaba luchando contra los inevitables efectos de aquella adversidad, pero sin poder remediar sus consecuencias. Siempre habíamos vivido con holgura, sin conocer ninguna estrechez, rodeados por todas las comodidades, pero mentiría si dijera que sufrimos mucho cuando comenzamos a perderlas. Nuestra madre sí, pero nosotros ni lo notábamos. Teníamos algunos parientes en buena posición, pero tú sabes bien lo que son, por lo general, los parientes en tales circunstancias. Además mamá era demasiado orgullosa, demasiado altiva para descender a ciertas humillaciones, y se dispuso a luchar sola, valientemente, para que pudiéramos mantenernos todavía algunos años hasta que los más grandes estuviéramos en condiciones de ayudarla. Pedro y yo estudiábamos en el liceo; yo me había propuesto ser arquitecto; él quería ser abogado. Pero faltaban todavía muchos años para eso. Nos mudamos a una casa mucho más pequeña que aquella en que se había desarrollado nuestra infancia, en un barrio pobre y apartado; se vendieron los muebles de lujo, las alfombras, las joyas. Todo eso no representó ningún sacrificio para nosotros y hasta estoy por decirte que el cambio nos agradó, incapaces, como éramos, de darnos cuenta de su significado, y por lo que tenía de novedad. No nos faltaban las caricias de nuestra madre, más dulces que nunca desde la desaparición de nuestro padre, y aquello era lo principal. No extrañamos ni sufrimos demasiado, pues. Estudiábamos, jugábamos, comíamos y dormíamos casi como si nada hubiese sucedido, mientras mamá pasaba las noches en vela pensando cómo haría frente a las exigencias de la vida de todos. Emita, a la que queríamos entrañablemente y mimábamos, como correspondía con la menor y mujer por añadidura, seguía siem-

pre alegre, y siempre atada a su piano, a ese mismo piano que ves ahí, que se había salvado del naufragio y que constituía una parte muy importante en su vida y en la de toda la familia. Ella y el piano eran nuestro orgullo y nuestra distracción: llenaban la casa de música y no era posible estar preocupados y tristes junto a ellos; nos hacían olvidar y nos reuníamos en su redor a cantar como pájaros. Aquel piano no era un mueble como los demás; era un ser vivo, como un miembro de la familia, como un hermano más que tuviéramos...

Una noche, al terminar una cena rápida como todas las que hacíamos entonces, aunque no habíamos notado su disgusto, mamá, con lágrimas en los ojos, nos dió una noticia tremenda, que cayó sobre nosotros como una piedra:

—Vamos a tener que vender el piano porque no nos quedan más recursos para seguir viviendo.

El silencio que se hizo después de esa frase fué terrible. Nos miramos consternados unos a otros y Emita rompió a llorar. ¿Debería decirte que recién en ese momento nos dimos exacta cuenta de nuestra situación? Después hicimos preguntas, yo sobre todo, que era el mayor, sintiendo, por primera vez también, el peso de mi responsabilidad. Entre sollozos mamá nos contó que ya se había vendido todo lo que tenía algún valor, no siendo indispensable, y nos hizo ver que no quedaba más remedio que vender el piano para poder ir viviendo un poco más. Recuerdo que me levanté y salí a la calle. La noche estaba oscura y fresca y contribuyó a calmarme, a aclarar mis pensamientos. ¿No había manera de evitar aquello? ¿Era posible que Emita se quedara sin aquel piano que concentraba su vida y con el que tan buenos ratos nos daba a todos? Cuando volví, ya tarde, tenía tomada una resolución. Mis dos hermanos estaban ya acostados. Pedro estaba despierto y Emita sollozaba, silenciosamente, bajo las sábanas. Cuando entré en mi cuarto Pedro, que parecía esperarme, se sentó en la cama y llamándome, con gran misterio, me dijo:

—Van a vender el piano; no debemos permitirlo.

Me extrañó su gesto serio y decidido. Pero seguramente algo vió en mí de parecido, que lo alentó a hacerme la confidencia de su propósito. Creo que le contesté con una inclinación de cabeza, y sin decir palabra, haciéndole señas de que se durmiera, entré en el comedor en donde mamá estaba remendando alguna ropa nuestra, empañados los ojos y temblorosos las manos.

—¿Por qué no te acuestas? me preguntó al verme.

—Tengo que hablar con usted, mamá, le contesté, sentándome frente a ella.

Entonces, sin vacilar, como si hubiera sido ya un hombre, le expuse mi plan: quería trabajar, trabajar inmediatamente. De golpe me había dado cuenta de toda nuestra desgracia, había dejado de ser un niño y estaba dispuesto a ocupar el puesto que me correspondía. No seguiría estudiando, y a la mañana siguiente iría a ver a algunos amigos de mi padre, para que me dieran trabajo o me facilitaran su hallazgo. Quería resolver la situación, y, sobre todo, evitar la venta del piano. El piano no debía salir de nuestra casa. Pedro también estaba en condiciones de trabajar y quería hacerlo. ¡Al diablo los estudios de los dos!

Mi madre me dejó hablar sin interrumpirme, mientras gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Cuando concluí, me abrazó largamente y sin contestarme una palabra me rogó que me fuera a descansar. Cuando volví a mi cuarto Pedro estaba todavía despierto. Le conté lo que la había dicho a mamá y lo aprobó completa-

mente. Después nos acostamos y, recuerdo muy bien, nos dormimos profundamente como si ya estuviera resuelto el problema.

Al día siguiente nos levantamos a la hora de siempre. Mamá nos tenía preparado el desayuno y no nos dijo ni nos preguntó nada de lo que le había hablado la noche anterior. Nos preparamos para ir al Liceo y nos despedió, como siempre lo hacía, en la puerta de la calle. Pero nosotros desviáramos nuestros pasos, y de común acuerdo nos fuimos a ver al señor N..., un buen amigo de nuestro padre cuyas bondades conocíamos, que tenía una fuerte casa de comercio en el centro de la ciudad, y que se había ofrecido varias veces para ayudarnos. Cuando llegamos y preguntamos por él todavía no había venido y tuvimos que esperar. Sentados en un rincón mirábamos curiosamente aquel mundo tan distinto de los que conocíamos, el ir y venir de los empleados, la entrada y salida de las mercaderías. Nuestra juventud y el hecho de habernos resistido a decir qué era lo que nos llevaba, estimulaba la curiosidad de los empleados que nos miraban con impertinencia. Alguno de ellos insistió en que teníamos que enterarlo de nuestra misión, pero yo con una energía que parecería poco en consonancia con mi edad, me resistí a decirlo, manifestando que tenía que hablar personalmente con el dueño.

Cuando éste llegó se extrañó mucho de vernos y nos hizo pasar a su despacho. Una vez en él, y con toda la serenidad de que fui capaz le dí a conocer nuestra situación desesperada y le expuse nuestro plan: no veníamos a mendigar; queríamos trabajar y estábamos dispuestos a hacerlo en cualquier cosa para salvar la familia de la ruina y para impedir la venta del piano. El señor N... hombre bondadoso, comprendió todo, y cuando terminé de exponerle nuestros deseos se deshizo en elogios. Habíamos llegado en un momento providencial; muy pronto iba a inaugurar una sucursal de su negocio en otro barrio, lejado del centro, y necesitaba algunos empleados cultos y de confianza. Nuestra poca edad no coincidía enteramente con lo que necesitaba, pero habría otros empleados y estaba dispuesto a ensayar, poniéndonos a prueba, y asegurándonos que nos tomaría definitivamente si demostráramos servirle. Pero antes de resolverse deseaba hablar con nuestra madre y nos pidió que le dijéramos que esa misma noche concurriría a casa para enterarla del asunto y solicitar su autorización. Después nos despedió renovando sus elogios.

Cerca de medio día, a la hora en que habitualmente retornábamos del Liceo, llegamos a casa, satisfechos y radiantes. Al entrar nos salieron a recibir los acordes de un rondó de Beethoven que Emita amaba mucho y que a todos nos gustaba otro tanto. Mamá estaba en la cocina y hasta allí nos fuimos a contarle el resultado de nuestra iniciativa. No quiero detallarle la escena porque aún ahora, a tantos años de distancia, me emociono profundamente. Atraída por nuestras exclamaciones Emita dejó el piano y vino hasta nosotros. Pronto fuimos cuatro seres estrechamente abrazados, llorando las mismas lágrimas de pena y de esperanza, unidos en el mismo latido vital, constanciados en el mismo destino irrompible. Formábamos una sola carne y un solo espíritu, un haz de venas por el cual corría la misma sangre y que alentaba las mismas aspiraciones y virtudes. La desgracia me había hecho hombre de golpe, brutal pero saludablemente, como a tantos otros en la vida. Aquel día terminó bruscamente para mí la infancia y la adolescencia y sin darme cuenta de mis responsabilidades acepté el cambio con alegría, acompañado por mi hermano Pedro y asistido continuamente por mi madre que fué siempre para nosotros el refugio supremo, la palabra de aliento, la mano buena perpetuamente extendida sobre nuestras cabezas frágiles. Emita, por su parte, poco después, siendo una niña, por iniciativa suya comenzó a dar lecciones de piano a algunas amiguitas y pronto llegó a no tener necesidad de los mayores para sus pequeños gastos de mujer en formación.

Se hizo un silencio denso, cargado de evocaciones familiares en el salón ya más oscuro, en que el viejo piano se recostaba en la sombra como un altar. Después, Carlos continuó como antes hablando en voz alta pero sin dirigirse a mí, olvidando mi presencia:

—¿Cómo iba a deshacerme de ese piano? A fuerza de trabajo y de suerte, que de todo hubo, las cosas se fueron modificando. La situación económica cambió lentamente hasta llegar a la prosperidad. Sin jurármelo, lo que hubiera sido perfectamente inútil porque se jura cuando no se está seguro de cumplir, resolví no separarme nunca de ese mueble envejecido y sagrado que tan decisiva participación tuvo en nuestro destino. Es un testimonio que deseo tener hasta que muera al alcance de mis miradas y que, suceda lo que suceda, ocupará siempre en mi hogar el puesto que le corresponde!

Alberto Lasplacas